

El monólogo del cáncer de Péter Szil

**Basado en una entrevista hecha y redactada por Miklós Hadas.
Publicado en la revista de ciencias sociales húngara Replika, nº 54-55,
octubre de 2006.**

Traducción de Éva Cserhádi

Me marché de Hungría en 1974. Cuando resultó que tenía cáncer ya llevaba años estudiando terapias alternativas y había comenzado a trabajar como psicoterapeuta. Seguía un estricto régimen vegetariano, no porque temiera alguna enfermedad sino porque procuré llevar una vida sana. Hice yoga, meditación y todo lo demás. Tenía muy claro que no confiaba en absoluto en la oncología convencional. Mi compañera, Bippan, me apoyaba mucho en todo eso, sin embargo, cuando comenzó a salirme el tumor tras la oreja me dijo que no estaría mal comprobar si era cáncer. Por un año me negué y Bippan que, cómo te lo digo, no solía darme la lata, en vez de insistir a gritos que fuera a ver a un médico esperó a que yo tomara la iniciativa. No obstante, tuvo la intuición de que puede hacer falta tener algo en las manos, por si acaso, y durante ese año recogió un montón de información sobre tratamientos alternativos del cáncer. Así que yo partí desde una situación, entre comillas, buena, y cuando con el diagnóstico estalló la crisis ya tenía un montón de información.

La línea principal que seguí, paralela a probar toda clase de terapias alternativas, fue el abordaje psicológico, del cual en aquel entonces en Suecia ya se disponía de una bibliografía amplia. La psicooncología es una ciencia empíricamente fundada que se basa en teorías serias. Aparte de eso me interesaban las investigaciones sobre el manejo del estrés y su vinculación múltiple con la psicooncología. Después de tener en la mano el diagnóstico, una de mis estrategias fue poner en práctica los conocimientos adquiridos sobre el tema. Por ejemplo, durante meses fui frecuentemente a ver a un exoficial de las fuerzas aéreas que había llegado a ser la mayor autoridad del entrenamiento autógeno en Suecia. Me enseñó la relajación muscular y el entrenamiento autógeno, y en este mismo período empecé a dedicarme a la meditación de forma intensiva. De todos modos, los contactos entre la meditación budista, la psicología humanística y la psicología budista siempre me habían interesado. En los últimos años, a menudo me había retirado por una temporada larga, a veces por diez días, para participar en una meditación que exige silencio absoluto.

Bajo el concepto de estrés se entienden tanto factores negativos como positivos. Según la tesis de Selye cualquier evento que exige la adaptación del organismo es una fuente de estrés. La escala de estrés que va de uno a cien demuestra que los acontecimientos supuestamente positivos como por ejemplo contraer matrimonio, comprar un piso nuevo, irse de vacaciones, etcétera, a veces son de puntuación más alta que los indiscutiblemente malos, por ejemplo la muerte de un ser querido muy cercano. El manejo del estrés significa formar estrategias vitales que ayuden a ser capaz de reaccionar ante estas situaciones de forma adecuada. Estos estudios sobre el estrés se relacionan estrechamente con las investigaciones oncológicas, por ejemplo, con la teoría de que en un período desde los seis meses al año y medio anterior al diagnóstico de una enfermedad cancerosa por lo general ocurre en la vida del paciente algún acontecimiento traumático o de estrés de alta puntuación que puede desencadenar procesos cancerosos. Y si uno no dispone de una

estrategia de adaptación para estos casos o si el acontecimiento no ha sido elaborado, el estrés, aparte de los síntomas depresivos, debilita la defensa inmune.

Ahora resulta que esta teoría en los círculos de la *New Age* fue reducida a la estupidez muy en boga de que “la forma de pensar determina todo y si logras eliminar los pensamientos negativos te curas del cáncer”. Y es que el cáncer es una enfermedad provocada por varios factores, aunque es indudable que en cualquier caso, el elemento psíquico puede tener mayor importancia. En mi caso también hubo un factor psicológico que pude identificar enseguida puesto que fue bastante obvio: mi hija, Kati, de repente se presentó en mi casa porque a su madre inesperadamente se le ocurrió que Kati tenía que dejar Hungría. Por entonces me tranquilizaba el pensamiento de haber salido con vida del régimen comunista y de mi familia, de haber superado la pérdida de Kati, de haber dejado todo atrás y de tener toda la vida por delante. De hecho yo había empezado una vida nueva en todos los aspectos, cambié todo radicalmente y estaba con Bippan en una relación muy feliz y completa en todos los sentidos y además con un hijo de un año. Me dedicaba a ser padre de nuevo, cuidar del bebé, y todo parecía perfectamente idílico cuando de repente llegó Kati. Fue entonces –y se puede entender literalmente– que tuve la sensación de que súbitamente surgió en mí un monstruo, porque estaba allí con mi hija y me sentía incapaz de manejar la situación.

Me entró un miedo de muerte por la llegada de Kati que entonces tenía ocho años y medio y exactamente la misma pinta que yo en mi infancia. Para colmo acababa de cortarse el pelo. Todavía hay gente que cuando ve una foto de Kati de aquella temporada piensa que es una foto mía de niño. Para mí fue un enfrentamiento serio con el pasado que entonces todavía no había abordado seriamente en terapia. Además –probablemente eso fue el motivo inconsciente que lo desencadenó todo–, no sólo tenía el mismo aspecto físico que yo, sino que, a pesar de que no había crecido conmigo (puesto que tenía siete meses cuando la habían separado de mí y no había cumplido un año cuando abandoné Hungría), ante diversas situaciones ella tenía las mismas reacciones que yo en mi infancia. Hablaba exactamente de la misma manera, tenía los ademanes idénticos a los que había tenido yo. No puedo imaginarme mejor ejemplo que el mío para ilustrar cuando uno de repente se encuentra cara a cara con las cosas no elaboradas de su infancia. Porque yo reaccionaba ante todo esto y de repente oí a un animal, un monstruo, gritando a todo pulmón a través de mi boca. Y me di cuenta que yo conocía bien esa voz: sí, era la de mi padre. Pero lo que más me avergonzaba fue que en una fracción de segundo caí en la cuenta de que esa voz salía de mi boca y Kati estaba delante mía, más abajo, puesto que yo era grande y ella pequeña, y vi una mano que se alzaba con movimiento amenazador, y luego me di cuenta de que esa mano pertenecía a *mi* brazo. Fue horrible.

Mi comportamiento naturalmente produjo una seria reacción de rebote en Bippan. Ella tenía la sensación de que este hombre no era con el que ella se había unido, y tenía toda la razón de preguntarse quién era ese tipo. Me dijo que «yo te quiero mucho y si te pasara algo grave yo te ayudaría, pero lo que estás haciendo es inadmisibile». Entretanto yo tenía allí la niña que todas las noches, sin exageración, literalmente todas las noches, se dormía llorando preguntándose por qué su mamá la había enviado aquí, lo que ya en sí era una situación imposible de resolver. Por entonces todavía no sabíamos que la niña estaba manipulada y que al cabo de tres años tendría que regresar a Hungría porque le salieron síntomas psicosomáticos. Su madre la tenía doblemente atada, lo que en psicología se llama *double bind*. Esto significaba que nos entregó oficialmente la custodia de la niña, mientras a Kati le decía que pronto vendría a por ella y le prohibía que estableciera con nosotros

vínculos afectivos, ya que si lo hacía «traicionaría» a su madre. Mirando cualquier aspecto de la situación sólo uno de ellos hubiera sido suficiente para desatar un proceso canceroso.

Cuando aceptamos, y cómo no íbamos a aceptar, que Kati viniera a vivir con nosotros, no conté con la posibilidad de que ella me confrontaría con mi infancia y con el terrible padre que llevaba dentro. Por entonces ya era consciente de la figura paterna interiorizada, por lo que la historia me resultó todavía más embarazosa. Tenía perfectamente claro que ahora yo debería dejar de lado todo y empezar una terapia intensiva. Pero la realidad fue que tenía que mantener una familia, porque mi hijo Lomi era un niño pequeño, y además teníamos que cuidar de Kati. Todo eso fue muy traumatizante. Por eso, aunque ya había terminado varias terapias, necesitaba la patada descomunal del cáncer para afrontar mi pasado de verdad. Además dejé de lado muchas cosas que no debía, por ejemplo mi relación con la música.

Mi mayor problema fue que me di cuenta de que todavía no sabía cómo controlarme. Yo no compartía, ni comparto ahora la idea de los terapeutas conductistas cognitivos o los psicoanalíticos clásicos de que el mero hecho de darse cuenta del motivo de un comportamiento es suficiente para eliminarlo. ¡Ni de coña! ¡Eso no es así en absoluto! Sentí y sigo sintiendo enormemente que Kati tuviera que sufrir todo aquello y que yo no me hubiese dado cuenta antes de esos tres años de que uno lleva dentro esos demonios y que los traumas infantiles pueden tener consecuencias muy graves si el entorno no ayuda en superarlos. Toco madera y le agradezco a la vida y a mi maravillosa hija que a pesar de todo fue capaz de establecer una buena relación conmigo.

Kati se mudó con nosotros en 1982, y la teoría sobre el cáncer fue absolutamente acertada en mi caso porque más o menos nueve meses más tarde se manifestaron en mí los síntomas físicos. El hecho de que el cáncer resultara ser linfático no fue una casualidad, es decir, la teoría de factores múltiples se cumplía. Cuando me dijeron que tenía cáncer linfático me acordé de que en mi infancia, yo, que no era muy enfermizo, de vez en cuando había tenido una enfermedad con fiebre alta que nadie sabía qué era. Llamaron al médico, y se me quedó gravado que dijera que con eso no se podía hacer nada porque era lo que él llamaba fiebre linfática. Es decir ya en mi infancia mi punto flaco fue el sistema linfático, por eso no es una casualidad que la enfermedad se abriera frente justamente ahí.

Vivíamos con Kati en un apartamento de tres habitaciones, en un bloque de pisos. Antes habíamos vivido en una comuna, en un chalet precioso, y nos mudamos para que Kati pudiera asistir a la escuela Waldorf. Aun conviviendo con dos niños intenté meditar todas las mañanas, cosa que era posible sólo si lo hacía por la madrugada y en el balcón, incluso en pleno invierno, envuelto en un saco de dormir nórdico. Lo que aprendí allí me ha acompañado siempre y sigue siendo muy útil para mí. Mucha gente me envidia la capacidad de que en cualquier sitio y en cualquier momento me siento, reposo la cabeza y prácticamente en unos segundos puedo sumergirme en la relajación más profunda, hasta puedo dormirme si hace falta y volver a emerger al cabo de unos minutos.

Sin embargo trataba a Kati con impaciencia, me imponía a ella con una carga verbal constante, daba voces y estaba incontrolable. Nunca llegué al maltrato físico, pero hoy ya sé muy bien, se supone que soy experto en eso, que no hace falta que lleguemos a la violencia física para que una relación sea de mierda, una clase de acoso. Entretanto se me manifestaron los síntomas que como ya sabría posteriormente, eran los clásicos del cáncer: cansancio crónico, insomnio, sudor por la noche... todo. Los atribuí a que por las noches tenía pesadillas, veía a mi padre y pensé que era eso lo que me producía sudor, y que estaba cansado porque la situación

era agotadora, etc. Para colmo nos dimos cuenta de que estaba comiendo sin cesar y no obstante, comiera lo que comiera, no podía acabar y era incapaz de saciarme. Durante meses lo adjudiqué al hecho de que estaba estresado y comía intranquilo, lo cual era verdad porque comía deprisa sin prestar atención y la cabeza la tenía en otra parte.

Ocurrió entonces que después de mucho rifirrafe me dieron permiso para volver a Hungría. Recuerdo todo nítidamente. Lo que voy a contar ahora es mucho más bochornoso y un tabú mayor que si después de un par de relaciones homosexuales me hice maricón o no. Un día en la avenida Múzeum me entraron repentinamente unas ganas apremiantes de hacer de vientre y entré en el restaurante Múzeum. Allí se hallaba uno de estos inodoros típicos del Budapest de mi infancia y que ahora ya están pasados de moda, donde la mierda en lugar de caer directamente en el agua por la inclinación de la taza, aterriza primero en una especie de descansillo con el hueco que contiene el agua por delante. No sé si debía ser una fijación anal de la infancia o porque ya me había desacostumbrado a las tazas de este tipo o porque todo el mundo que ha crecido en Hungría suele chequear cómo está su cagada, pero el caso es que miré y no exagero: lo que me encontré era una lombriz intestinal de casi medio metro que acababa de expulsar. Hay dos clases de lombrices intestinales, una es una clase de gusanito blanco que suelen tener los niños con cierta facilidad, otra es una fiera hecha y derecha que habita en el sistema intestinal y devora todo lo que la persona se come. Uno puede zamparse lo que quiera, en realidad se lo come la lombriz. Cuando ya se ha hecho tan larga que no cabe en el intestino que es de muchos metros de extensión, se evacua parte de ella. Llegar a este punto significa que la lombriz es tan larga como el sistema intestinal. Nunca he sabido cómo me surgió la lombriz, pero es evidente que junto con el estrés psíquico y demás me debilitó el organismo de tal manera que el cáncer pudo desatarse. O a lo mejor fue el proceso canceroso que ya había empezado el que me debilitó tanto el sistema intestinal que la lombriz pudo afincarse, y los síntomas eran paralelos. No lo sé.

Entonces tuvo lugar un par de meses de tira y afloja intentando librarme de la lombriz, primero aplicando métodos alternativos, después tomando medicamentos. El caso es que hice todo lo posible y cuando me libré de ella comenzó a salirme el tumor. Me alegra que hoy ya sea capaz de contarlo entre risas, pero en realidad el simbolismo fue bastante perturbador si lo piensas a fondo. Mientras yo tenía la sensación de que mi padre me chupaba las fuerzas de mi alma y me devoraba mi propio ser, en realidad me estaba chupando los humores un monstruo terrorífico, aterrador, grueso como el dedo, asqueroso. Y además me sucedió cuando volví a Budapest, justo en la avenida Múzeum, en el barrio de mis tiempos de estudiante universitario, en el escenario de aquel periodo en el que había empezado a distanciarme de mi padre y donde decidí cambiar hasta el apellido heredado de él.

Para ir al grano: el tumor comenzó a crecer. Había gente que me decía que fuera a ver al médico a que me lo mirara, pero yo me negaba pensando que todo el mundo puede tener cáncer excepto yo. Y, estúpido de mí, creí en la opinión de una autoridad en terapias alternativas que me dijo sin más que eso no era cáncer. Y yo en vez de decir que *let's check it first*, usé a esa persona porque me convenía que legitimara el miedo que naturalmente tenía. Y cuando ya era obvio que ese tumor estaba muy feo y muy grande, y que continuaba creciendo, antes de obtener el diagnóstico, ya partí del hecho de que era cáncer con toda probabilidad. Entonces, para estar en el lado seguro, empecé a ponerme inyecciones de muérdago, que se usa en la medicina antroposófica, procurando poner en marcha mi sistema inmune. En mayo de 1984 me dieron el diagnóstico oficial en el famoso Instituto Karolinska, que se consideraba el mejor del mundo, aunque su mentalidad despojara al paciente de su

aspecto humano y lo tratara como a un coche de elementos desmontables. No obstante, primero tuve que pasar por allí, porque no se está permitido dar ningún paso sin el diagnóstico, esto es el orden de las cosas en el mundo hospitalario.

Una vez en el sistema hospitalario me tocó luchar abiertamente contra él durante años. Todo empezó cuando el médico me dijo que iba a extraerme una muestra del tejido con anestesia general. Yo entonces ya era un paciente preparado y sabía que eso se hacía en el peor de los casos con anestesia local, por lo que no había motivos para la anestesia general. Entre otras razones quería evitarla porque en mi infancia había tenido una experiencia parecida a pesadillas después de una operación de amígdalas, y por lo que vi después en la literatura, la anestesia a menudo va acompañada de pesadillas. El tira y afloja duró dos días, pero como el tipo comenzó a ponerse muy agresivo al segundo día preferí ceder. Y es que reflexioné sobre el hecho de que al día siguiente me iba a tumbar bajo su bisturí. Y cuando me desperté de la anestesia general de la cual es muy difícil recobrar el conocimiento, uno suele tardar de ocho a diez horas, estaba a mi lado mi mujer y le dije que «figúrate qué cosas puede soñar uno bajo el efecto de la anestesia: es que he soñado que entra un médico en bata blanca, se detiene al lado de mi cama sin más, y dice que el examen del tejido está listo, y que sí, que es cáncer linfático, y acto seguido sale». Le conté a Bippan que «fíjate qué sueño más horrible, es que es una pesadilla horrible que esa sea la manera de comunicar un diagnóstico». Entonces mi mujer se echó a llorar porque «¡Joder, eso no había sido un sueño! Hace tres horas vino el médico, pero tú acababas de volver a dormirte, entró, no se sentó, sólo se detuvo al lado de tu cama y dijo que el análisis del tejido estaba listo y que sí, que era un cáncer linfático y se marchó. No se le ocurrió preguntarme que perdone, pero cómo se siente ahora que acabo de comunicarle que su marido tiene cáncer linfático». Y a los dos días el médico volvió a venir a verme y me espetó: «Bueno, ¿quiere saber por qué quería hacer la operación con anestesia general? Porque tenía razón usted, no había motivos profesionales, pero yo ya estaba harto de usted, porque siendo usted la clase de paciente que es, yo sabía que me habría hecho preguntas incluso durante la intervención».

Así empezó la lucha que en mayor parte constaba en la resistencia contra la medicina hospitalaria y la defensa de mis derechos civiles. Ya había leído el libro de Iván Illich *Némesis médica: la expropiación de la salud*¹, y sabía todo sobre el carácter especulativo de la ciencia médica, que el tratamiento del cáncer no es otra cosa que hacer experimentos en seres humanos. Estoy convencido de que la historia de la quimioterapia se puede describir como la historia de la unión mafiosa de la ciencia médica y la industria farmacéutica. Además pienso que sólo puede curar a uno aquello en lo que puede creer. Es decir, a pesar de todas las burlas de los médicos, el efecto placebo existe. La confianza es la base de la psicología también, y si el paciente está convencido de que un tratamiento le ayuda, eso tiene efectos medicinales claramente demostrables, por eso no soy irónico cuando hablo del efecto placebo.

Iván Illich fue el primero en describir las enfermedades provocadas por los médicos. Ahora ya sabemos que muchísima gente muere por culpa de prácticas profesionales abusivas que el sistema, con la ayuda de su fuerte corporativismo, pretende presentar como si fueran de otra índole. Las estadísticas incluyen de antemano un cierto porcentaje de fallecimientos en las intervenciones no agudas, sino planeadas, sin rubricarlos como malas prácticas profesionales. El Karolinska estaba tremendamente equipado de alta tecnología, funcionaba como una industria, en este aspecto era el mejor sitio del mundo. No obstante, a mis ojos era un

¹ Illich, Iván: *Némesis médica: la expropiación de la salud*. Barcelona: Barral Editores, 1975.

flansterio, y en el momento que entré allí siendo un joven psicoterapeuta me tuve que confrontar con el corporativismo. Resulta que «los de la rama» están diez veces más expuestos a la exigencia de aceptarlo todo y no mostrar ninguna reacción individual o personal.

No le deseo a nadie que tenga la oportunidad de experimentar cómo es la extracción de médula ósea, cuando se te hace un hueco en el pecho con una taladradora gruesa como el puño. Nosotros por aquel entonces ya habíamos llevado a cabo un parto en casa y sabíamos que las mujeres tienen que dar a luz en una posición tremendamente incómoda para que el tocólogo lo tenga más fácil. Lo mismo pasó en el Karolinska: no me hicieron el análisis donde me hubiera dolido menos, y así me hubiera sentido menos indefenso o vulnerable, sino allí donde el médico tenía el acceso más cómodo. Es la sencilla razón por la que se toma la muestra de la médula del esternón. Además, en el sistema hospitalario es normal que en medio de una intervención tan horrorosa se cambie el personal ¡porque ha acabado el turno! O cuando sudando la gota gorda consigo establecer el mínimo contacto para que me tomen la mano o me pregunten si me duele, nada puede impedir que súbitamente entren en tropel cincuenta estudiantes de medicina mientras estoy allí expuesto con la taladradora en el pecho.

Todo es absurdo y en mi caso resultó todavía más incómodo porque yo lo veía y tenía los conceptos para nombrarlo. En general todo el mundo lo toma como algo normal. Yo en mi trabajo aprendí que el ser humano tiene un alma que se encuentra cerca de su corazón, y no es una casualidad que los Vedas del hinduismo hablen sobre qué vive en el cuerpo y dónde. La meditación budista se convirtió para mí en una herramienta de trabajo. La Escuela Lomi que yo había atendido en los Estados Unidos, se basaba en las técnicas corporales combinadas con la meditación Vipassana. En realidad no he encontrado mejor herramienta que nos enseñe con más eficacia cómo estar con «lo que hay», que de hecho es el nombre de la técnica. El otro campo de utilización muy práctico es el control del dolor. Me venía muy bien cuando, por ejemplo, pasaba por un periodo muy fuerte del cáncer. Desde entonces mucha gente piensa que tengo las capacidades de un faquir, porque soy capaz de soportar sin anestesia las más serias intervenciones del dentista. En realidad no hago otra cosa que aplicar la más simple técnica meditativa. La técnica se basa en que con el ejercicio meditativo uno aprende a concentrarse en su respiración y cuando se da cuenta de que otro acontecimiento, pensamiento, recuerdo o cualquier cosa le desvía la atención de su respiración, entonces da constancia del factor perturbador y vuelve a concentrarse en su respiración. El otro elemento importante de la técnica es no retener diferentes imágenes en el cerebro sino sólo dar constancia de «lo que hay». Y el tercer elemento, el más importante, el que me ha enseñado mi más querido maestro budista, es que en la vida sólo hay una cosa constante: el cambio. Por lo tanto si estoy sentado en la silla del dentista observando los cambios de los parámetros físicos de los siguientes elementos –calor, ruido, velocidad, extensión–, a menudo sucede que cuando pienso que ahora va a venir aquel dolor, que según el dentista nadie puede aguantar sin anestesia, ya hemos acabado.

Lo que me atrajo desde los principios en el budismo fue que en realidad no es una religión sino una práctica filosofía vital. Además desde los principios me permití sólo seleccionar de él lo que es importante en nuestra cultura, y de modo que sea aplicable para mí. Por ejemplo, no acepto la práctica de perdonar, pero me parece muy útil el acercamiento que dice: los actos de cada uno influyen en su destino y en el de su entorno. No es causalidad que los budistas son a la vez «activistas laicos». La filosofía budista me ayudó mucho encontrar el muy delicado equilibrio entre cómo se

puede convivir con una enfermedad tan taimada como el cáncer y cómo no perder el ánimo ni por un minuto en la lucha contra él.

Por eso, en aquel momento, cuando la taladradora atravesó el periostio tuve la sensación de que me chupaban el alma. Y me eché a llorar. Ese acto mío paralizó toda la maquinaria, porque no tenían ni idea de qué hacer con una persona de treinta y pico años que estaba llorando, y al que hasta ahora le habían hablado como suelen charlar los hombres en el bar cuando con darse palmadas en la espalda y soltar carcajadas intentan disimular que algo les duele mucho. Había una sola enfermera que rompió el acuerdo tácito y me preguntó si me dolía mucho. Lo que, por supuesto, me hizo llorar todavía más. La maquinaria se detuvo por completo. El médico se quedó paralizado con la taladradora en mi pecho. Más tarde describí la escena en un artículo de debate como parte de una crítica del sistema apoyada en mis conocimientos profesionales y psicológicos. Si para entonces los médicos no me tenían mucho cariño, para usar un eufemismo, imenos después de la publicación!

Más tarde me enteré de que el artículo enseguida había sido colgado en la pared del cuarto de las enfermeras. Y es que son las enfermeras las que cargan con todos los pesos psíquicos y físicos en relación con los enfermos. En aquel entonces todavía no era yo tan consciente del aspecto de género, pero posteriormente vi con absoluta claridad que en la macroestructura se reproduce lo mismo que existe en las familias. Es decir, son las mujeres las que cargan con sostener todo emocionalmente, y con los cuidados, desde sacarles a los pacientes la mierda y ponerles la cuña, hasta cambiarles las sábanas y todo lo que quieras. Los médicos –el 98% de los oncólogos son hombres– entran en la sala, hacen una declaración, practican los exámenes que a veces son brutales, pero no son ellos los que recogen las servilletas manchadas de sangre y pus que usan a centenares. La enfermera tiene que recogerme a mí que estoy hecho una mierda, un bebé llorón, además las servilletas ensangrentadas y todo. Las enfermeras eran muy conscientes de todo esto y por eso para ellas fui un héroe.

La consecuencia del artículo fue que los médicos dejaron de dirigirme la palabra, literalmente, y comenzaron a discriminarme, un inadmisibles incumplimiento de la ética médica. Mucha gente me aconsejó denunciarlos al comité de ética médica. La esencia del modelo que yo presenté fue que en el momento en el que el paciente entre en el hospital, no sólo le digan dónde está el váter para dejar la prueba de orina, dónde se hace la extracción de sangre, el servicio radiológico, el TAC, etc., sino que le informen dónde está el asistente social, el psicólogo, el encargado de montar los grupos de autoayuda para los enfermos de cáncer, alguien con quien hablar, alguien que sea de apoyo para la familia, para que puedan contactar inmediatamente con pacientes ya curados que en la medida de lo posible hayan tenido el mismo diagnóstico. ¿Quién es capaz de no quemarse, de volverse brutal y distanciarse si en un día tiene que tratar a cincuenta enfermos, y además sabe que veinticinco, si no treinta y cinco, van a morir, mientras otros quince le recuerdan a su madre, padre, mujer o hijos? Sin embargo, no había señal alguna de que los médicos reflexionaran sobre eso. No había grupos Balint², nada. Yo tomé la iniciativa en estos asuntos, y así confronté con sus defectos al Instituto Karolinska de fama mundial.

Cuando regresé a casa del hospital pensé que cómo se les ocurre tratar así a una persona, cómo es posible que no hayan hablado con Bippan enseguida y no le hayan preguntado cómo se sentía, como mínimo. Y dije una cosa que mis amigos siguen repitiendo: que la gente no se muere del cáncer sino del diagnóstico. Y que vale que me hayan asustado tremendamente, pero yo no me iba a morir del diagnóstico. No sabía si el cáncer me iba a matar o no, pero el diagnóstico, desde

² http://es.wikipedia.org/wiki/Grupos_Balint

luego que no. Naturalmente aquello no era sino un hablar mío para darme coraje a mí mismo. Si entonces hubiera estado como estoy ahora no habría dejado que me hicieran la biopsia, no habría esperado el diagnóstico porque sólo después me di cuenta de que no tenía importancia, porque su «diagnóstico correcto» sólo servía para saber cuál de los cócteles de quimioterapia me iban a servir. En cambio, el que quiere luchar contra el cáncer fortaleciendo su defensa del sistema inmune no lo necesita en absoluto. Me expuse a un montón de sufrimientos, y ni que decir tiene que el proceso canceroso fue a más porque dejé que me clavarán el bisturí, aunque el tumor tras la oreja estaba encapsulado. Como dejé que le hicieran un corte, se expandió por las ingles, las axilas y por los demás lugares linfáticos clásicos.

Cometí muchos errores, entre ellos que iba a controles todas las semanas, después todos los meses y después cada seis meses. Nunca fui solo porque aprendí cómo se trataba a la gente que iba sin compañía. En estas salas de espera la ansiedad era tan densa que se podía cortar con tijeras. Cuando la enfermera salió no decía que «estimado Péter Szil, disculpa por haberle hecho esperar, entre, por favor», sino que gritaba un número. Como en un campo de concentración. ¡Sólo faltaba que me tatuaran el número en el brazo! En una ocasión cuando comencé a entender que esta gente no podía decirme nada, porque yo ya sabía más de mi cáncer que ellos jamás podrían llegar a saber, y cuando ya llevábamos tres cuartos de hora esperando en esa terrible sala de espera, Bippan me miró y me dijo: «Mira hasta que no entramos aquí no sueles tener pinta de un enfermo de cáncer, pero cuando venimos, al cabo de media hora pareces un enfermo de cáncer de verdad». Y le dije que «joder, es justamente lo que siento, así que ivamos a largarnos de aquí ahora mismo!».

Ellos me odiaron porque me permití el lujo de ser un ciudadano y no un paciente. Porque yo fui a verlos cuando tenía algún problema. Si tenía la sensación de que algo no iba bien, iba al hospital y les decía que ahora me hicieran un TAC. Eso los indignó sobremanera: ¿cómo me atrevo a decirles qué clase de examen quiero!? Ya me pasarán ellos por toda la cadena y me recetarán lo que les parezca. Ellos partieron de la premisa que yo tenía «*linfoma no Hodgkin centroblástico-centrocítico*» y me pusieron en ese cajón. En cambio yo partí de la idea que «soy Péter Szil que tiene una enfermedad que se debe tratar». Y por eso siempre tuve que montar un número para conseguir lo que quería. Otra cosa que comprendí fue que en este sistema uno lo recibe todo si monta un número, exactamente como lo hacen los gitanos. Entra todo el clan, se plantan en el pasillo y hasta que no sirvan a la tía María no se marchan. Los médicos no pararon de maldecirme y amenazarme de que me moriría y cosas de este estilo. Por eso tuve la sensación de que con la energía que invertí para guardar mi dignidad humana y defender mi derecho de autodeterminación, habría podido curar cuatro cánceres en dos años. En cambio aprendí mucho, y desde entonces he tratado a muchas personas que han estado muy agradecidas por no tratarlas nunca como a pacientes sino como a seres humanos.

Naturalmente, resultó que un montón de las técnicas alternativas no funcionaba, y tardé cuatro o cinco años en encontrar la adecuada. Mientras tanto yo estaba en una especie de carrera por mi vida, y durante todo el tiempo fue incierto quién la ganaría: el cáncer o yo. Desde un punto de vista psíquico fue muy importante que surgiera en mí una rabia sana, que es un elemento importante, y por eso en parte la apliqué conscientemente. Una de las primeras cosas que me leí fue una estadística en un libro de Lawrence LeShan³, una de las personas que había puesto los cimientos de la psicooncología. Fue psicólogo en el departamento de oncología de un hospital de Nueva York y llegó a la conclusión que la probabilidad de supervivencia entre los

³ Lawrence LeShan: *Usted puede luchar por su vida*, Madrid: Los Libros del Comienzo, 1998.

llamados «pacientes molestos» era mucho mayor. Es decir, con más facilidad vence a la enfermedad el paciente que no acepta la rutina, y cuando quieren ponerle una inyección y por eso quieren echar a su visitante, es capaz de decir que «ni se les ocurra, primero voy a terminar la conversación con mi visitante y ustedes van a volver después para ponerme la inyección». El personal aborrecía a esta clase de pacientes que no aceptaban que su papel era facilitar el trabajo de los otros, sino que pensaban que el personal estaba allí para ayudarles a curarse, naturalmente. Tomé este comportamiento como modelo y di rienda suelta a mis inclinaciones parecidas, porque pensé que de esa nimiedad no iba a depender si sobrevivía el cáncer o no.

Uno de mis médicos preferidos, uno de esos santos locos con principios antropológicos, una vez me dijo con ese bello humor negro que tenía y una sonrisa cómplice: «¿Sabe usted por qué la estadística de supervivencia sólo abarca cinco años? ¡Porque los enfermos de cáncer mueren en el sexto!». Esta clase de comentarios me ayudaron mucho. Se necesitaba una buena cantidad de cinismo sano, porque al mismo tiempo todo fue un experimento sobre si la autodeterminación podía funcionar. Para conseguirlo no ahorré esfuerzos. ¡Durante diez y pico años eso fue mi vida! Yo convivía de verdad con el cáncer, y fue muy difícil encontrar dónde está la frontera entre la aceptación y la resignación. Tuve muchas conversaciones y reflexiones filosóficas con excelentes personas. Además experimenté mucha solidaridad, apoyo y amor humano mientras vivía muchas cosas muy duras.

Aprendí que había gente a la que era necesario decir: «No lo tomes a mal, te quiero, eres importante en mi vida, pero ahora por un tiempo no quiero verte». No tuve otro remedio que conscientemente confrontar a las personas con lo que me transmitían. No quería exponerme a conversaciones con gente que no había superado la muerte de un ser querido o tenía la imagen de que el cáncer era una sentencia de muerte. La gente con la que me encontraba tenía que ver el terrible tumor tras mi oreja morado y cubierto de moratones, la piel tirante, las venas hinchadas y todo lo que quieras... Solía decirles «no tengas complejos, míralo bien, tócalo, pregúntame lo que quieras, primero vamos a acabar con esto para que después podamos hablar de otras cosas. Es que veo que te distrae». No tenía escrúpulos y me di cuenta que eso ayuda a la gente.

A partir de 1984 me dediqué a las terapias en cuerpo y alma, lo probé todo, y en poco tiempo conseguí que el crecimiento del tumor se estancara, aunque no se redujera en absoluto. Fortalecí mi defensa inmune muy consecuentemente y a finales de 1985 vimos que el tumor dejó de crecer. Hasta el Karolinska lo reconoció. Se había manifestado a finales de 1982 y hasta mayo de 1984, cuando me dieron el diagnóstico, el aumento fue espectacular. El granito que tenía tras la oreja y que al principio ni siquiera se podía ver, sólo lo noté yo, se convirtió en –no exagero– una patata de tamaño mediano que sobresalía tres centímetros de la oreja. Ahora hay un hueco en su lugar y el corte que se ve es de la biopsia, es decir de la extracción de muestra de tejido.

El sistema linfático funciona como la circulación sanguínea, por eso si un tumor previamente localizado entra en el sistema linfático, ni la intervención quirúrgica, ni la radiación tienen sentido, porque la radiación sólo es efectiva en un campo bien localizado. De todos modos no se hubiera podido meter el bisturí, porque se hallaba demasiado cerca de los nervios faciales. Por eso lo único que me ofrecieron fue la quimio, que a la primera rechacé rotundamente. Unos años más tarde intentaron convencerme de la radiación, pero yo les pregunté que para qué diablos me ofrecen la radiación si en 1984 fueron justamente ellos los que me explicaron lo inútil que era. Y entonces comenzaron a tirar pelotas fuera, hasta que le dije a uno de ellos que o no me lo vuelve a mencionar o me dice de lo que se trata. Y entonces me

contestó –eso ya sucedió después de publicar el artículo cuando ya me trataron muy mal– que «mire usted, se lo vamos a decir claramente: nunca hemos visto otro imbécil como usted paseando por la calle con ese tumor enorme que tiene una pinta horrenda, aunque nosotros con radiación se lo podríamos eliminar en un momento». «Ah ¿sí? –dije yo– ¿me darían radiación por motivos estéticos? Gracias por su preocupación –dije– pero dejen que decida yo entre mis seres queridos y el espejo qué es lo que me parece feo. Además no voy a exponerme a algo que sé que tiene efectos secundarios y puede provocar metástasis, o que va a aparecer en otra forma y me va a debilitar la defensa inmune que he construido con sudor y sangre. Y todo eso sólo para que parezca que no tengo algo que yo sé muy bien que sí lo tengo. ¡Prefiero tener el tumor tras la oreja!» Por entonces ya sabía que si estaba estresado y no prestaba atención, solía crecer un poco. Y le dije al médico: «Un poco de cordura, por favor. Usted es oncólogo y debe saber mejor que yo que tengo suerte de que ese bicho esté fuera. Porque si ustedes me aplican la radiación y eliminan la localización, el proceso continuará dentro de mi cuerpo, con la diferencia de que crecería por dentro y yo terminaría en la mesa de operaciones cuando ya tuviera el hígado podrido y la médula ósea completamente contagiada. Es una suerte enorme que salga hacia fuera y que así no tenga metástasis en la médula».

Sabía muy bien que si se me producían metástasis el cáncer ganaba. Por eso también era consciente de que mientras sólo tuviera cáncer en el sistema linfático, tenía una oportunidad. Cuando me aconsejaron la quimioterapia me leí todo. Y tal vez no sea falta de modestia decir, pero creo que sabía más de la quimio que algunos médicos. Por ejemplo, sobre su historia. Le pregunté a unos si sabían la historia de la quimioterapia. Y naturalmente no tenían ni idea de que había sido descubierto por un médico norteamericano en 1945 al producirse un estallido de gas mostaza en un barco capturado a los alemanes. Cuando repasaron el cuadro hemático de los infantes de marina del buque se dieron cuenta de que se les habían desaparecido los leucocitos. ¡Así descubrió el médico la quimioterapia! Y su materia prima continúa siendo el gas mostaza al que le añaden otras sustancias. La quimio lo mata todo: las células sanas y las enfermas, cancerosas. Generalmente se bombardea el organismo con el gas hasta que la proporción de las células lo permite. Y entonces se cambia el cóctel o se da tregua por un periodo. Se está todo el rato intentando acertar el límite, y todo se basa en que no se sabe cómo acertar sólo con las células enfermas.

No obstante, yo tenía una visión completamente distinta. Yo quería encontrar un remedio que no sólo afectara al tumor que es un simple síntoma, sino que fortaleciera la defensa inmune. Y es que todos los días se produce una célula loca que quiere desviarse del código genético y no quiere morirse. La célula cancerosa es la que no quiere morirse. Se trata de cáncer cuando una célula de esta clase es capaz de romper el muro de la defensa inmune y se produce un hueco. Es como cuando el cortafuegos se para por un momento y el virus pasa al ordenador. En el cuerpo humano hasta la célula más potente sólo puede vivir como máximo siete años. Hay células que se mueren después de un día, otras de un mes y otras después de varios años. El ser humano es una paradoja genial: puede morirse del hecho de que algunas de sus células quieren ser inmortales.

Por eso yo muy conscientemente quería fortalecer la defensa inmune y para finales de 1985 el Karolinska tuvo que reconocer que el crecimiento del tumor había parado. ¿Y que me dijeron entonces? No que «¡Qué bien!, ivaya, hombre, chapó, ha tenido razón!» o «díganos qué ha hecho y cómo, para que podamos recomendarlo a pacientes que se encuentran en la misma situación». Sino que me dijeron que «entonces se debería hacer otra análisis porque a lo mejor el diagnóstico no fue correcto!». Yo para finales de 1985 estaba tan bien que le dije a Bippa que

podríamos tener otro hijo. Es que ella quería mucho tener otro, pero yo le había dicho que naturalmente no podía ser por el cáncer y ella lo comprendía. Nosotros entonces ya estábamos aplicando y enseñando el método natural de control de la fecundidad, que sirve para determinar el ciclo de ovulación, y de hecho acertamos el periodo fértil de Bippan y ella enseguida supo que el hijo fue concebido, lo percibió.

Eso fue a comienzos de enero y a mediados del mismo mes el tumor se puso a crecer otra vez. Mi relación con Tolmi es interesante. Con Lomi, desde que tuvimos la idea de tenerlo, pude estar como padre al ciento cincuenta por ciento, y ya durante el embarazo le cantaba seis veces al día, tanto que después de nacer lo único que lo podía calmar de veras fue aquella canción que yo le había cantado en el vientre de Bippan.. En este aspecto fallé con Tolmi, porque durante el embarazo estaba yo constantemente ocupado con sobrevivir el cáncer. Además ese año sucedieron una serie de cosas de las que sobra aunque ocurriera una sola en una vida entera. Empezó con que en enero volvió a cobrar fuerza mi cáncer. En febrero en plena calle mataron a Olof Palme en Estocolmo donde vivíamos y por donde habíamos paseado una o dos horas antes. Su muerte produjo un trauma nacional que mucha gente nunca ha sido capaz de superar. El horrible efecto traumático no sólo se manifestó en el hecho de que los suecos lloraron por la calle, sino en que de un momento a otro se disipó la sensación de toda la nación de que formaban una excepción en este mundo violento. El hecho de que no encontraran al asesino en dos días, es más, ni siquiera hasta ahora, fue terrible para Suecia. Naturalmente nos cuestionamos si habíamos tomado la decisión correcta al regresar de California. Cuando estábamos viviendo en California ni se nos ocurrió volver, porque Bippan estaba más contenta que unas pascuas por haber encontrado un lugar con buen clima. Sin embargo, en el momento de pensar en tener hijos, una decisión que tomamos allí, los dos sentimos que no podíamos quedarnos, porque California a pesar de todas sus cualidades estupendas estaba en los EEUU, en un país tremendamente violento, donde cualquier día puede pasar que uno al volver a casa ve a alguien salir de un banco después de haber cometido un robo y que dispara al primer peatón. O que en pleno día te pegan un golpe en la parada del autobús para robarte la cartera. Por eso tuvimos la sensación de que allí no se podía tener un hijo y decidimos volver a Suecia.

Tolmi en el vientre de Bippan, yo enfermo de cáncer, y de repente estalla esa violencia demencial en nuestra vida y un mes más tarde ocurre lo de Chernóbil. Y nosotros estábamos en la peor zona donde la gente continúa dudando si se puede rebuscar setas en el bosque. Eso fue en marzo. En abril mataron a mi madre. Así como te lo digo. Un loco entró en el piso y mató a golpes a mi madre en su propia casa. No la mató de un disparo, sino literalmente la mató a golpes. Yo en aquel momento estaba en Bristol, en el hospital Bristol Cancer Help Centre que es un hospital alternativo muy famoso que fue fundado por una terapeuta enferma de cáncer, llamada Penny Brohn, con una historia vital muy parecida a la mía. La muerte de mi madre y todo lo que pasó entonces es una historia en sí que merece estar escrita. Y no hace falta decir cómo me hizo sufrir no poder estar presente todo el tiempo mientras Bippan estaba embarazada de Tolmi, ya que para mí la paternidad es muy-muy importante.

Antes de irme a Bristol llamé a mi madre y le dije que me iba por una semana: «te aviso para que no te quejes si no te llamo». Tuve que proceder así porque solía estar tremendamente preocupada por mí y se desesperaba si no la llamaba al menos una vez a la semana. La llamé adrede para decirle que desde Bristol no iba a mantener contacto con nadie y la llamaría cuando volviera a Suecia. Me dijo «gracias, qué bien que me hayas avisado». Pero el miércoles súbitamente tuve la sensación apremiante de que tenía que llamarla inmediatamente. Y empecé a llamarla desde el

hospital, desde una cabina y no paré hasta el viernes por la mañana cuando por fin alguien cogió el teléfono. Y ese alguien fue un oficial de la policía que acababa de entrar en el piso y me dijo lo que había pasado. Desde Bristol viajé directamente a Budapest. Dos meses más tarde la policía llegó a la conclusión de que a mi madre le habían matado el miércoles, es decir, justamente el día que tuve la apremiante sensación de llamarla a pesar de que lo había preparado todo adrede para no tener que hablar con ella. Esto no es misticismo, es que yo por entonces ya había acabado la formación de terapeuta y durante tres años llevé un diario de sueños por lo que era consciente de que comunicaba regularmente desde la otra costa del océano, desde California, con gente que vivía en Suecia. Exactamente como si habláramos por teléfono. Tenía presentimientos muy fuertes... El verano de 1986 tuve la sensación de que me estaba yendo. Eso produjo un escándalo tremendo. Lo empezó Bippan, y tuve que librar la primera batalla con ella. A pesar de que se portó de maravilla todo el tiempo y estábamos increíblemente unidos, esta vez empezó el rollo *New Age* de que no le dijera esta clase de cosas, porque se convertiría en una profecía autocumplida. Le dije que yo no lo pensaba, sino lo percibía. «Y si no lo tomas en serio es posible que perdamos la oportunidad de despedirnos como toca. ¡Tómame en serio, yo no juego con la muerte!».

Ese año pasé una temporada en un famoso hospital mejicano donde se practicaban tratamientos oncológicos alternativos y tradicionales a la vez. Ellos opinaron que el tratamiento alternativo y mi trabajo infatigable para fortalecer la defensa inmune tuvieron su resultado, porque había conseguido parar el proceso canceroso, pero no fue suficiente para eliminar la masa celular que era el tumor. Ellos me garantizaban que una quimioterapia reducida y muy controlada podría acabar con todo y que tenía excelentes oportunidades para llevarlo a cabo porque tenía las defensas altas, por lo que los efectos secundarios serían más suaves. Lo acepté y me fui a México, a ese hospital. Desde hacía años coqueteaba con la idea de raparme la cabeza, aunque por entonces no estaba de moda en absoluto. Bippan dijo que «fu, ni se te ocurra, porque no te voy a dar besos y caricias». Por eso no me arriesgué antes. ¡Por fin tenía un buen pretexto! Y cuando de vuelta a casa me alojé en un motel de Los Ángeles y por la mañana, delante del espejo, un mechón se me quedó en la mano, me dije que había llegado mi momento y antes de ir al aeropuerto me fui a un barbero y volví a Suecia con la cabeza rapada.

Me tomé pues el cóctel que fue realmente una porción muy reducida y además me dieron el Leatril, que a pesar de estar condenado por la ciencia médica convencional es un medicamento muy eficaz que le había salvado la vida a mucha gente. Este realmente redujo al mínimo los efectos secundarios. Me lo tomé a las diez de la noche y a las dos de la madrugada el tumor dijo ¡upa!, y empezó a desaparecer. ¡Yo me acojoné horriblemente! Mi primer pensamiento fue: «Joder, ¿qué va a hacer mi cuerpo con la cantidad de mierda que se ha acumulado en el tumor durante los años? ¿Cómo podrá mi defensa inmune destruir todo lo que ahora está circulando por dentro? ¿¡Y cómo puede desaparecer en tres horas un tumor canceroso que se formó en veinte años, sólo porque le han inyectado alguna porquería!?». No me olía a nada bueno.

Así que cuando regresé a Suecia casi volví loco el Karolinska. Entonces ya me echaban sapos y culebras, porque me presenté y les dije que ahora quería citostática y les traía la receta de lo que me tenían que dar: no su cóctel sino lo que me había recetado el médico mejicano. Me dieron la segunda porción a regañadientes. Les pregunté qué efectos tenía la quimioterapia. Me contestaron que nada en absoluto si después de la primera el tumor se había disipado. La quimioterapia no cura, no fortalece, sólo destruye el cáncer. Les dije que en este caso quería suspenderla. Y ellos

me replicaron: «Y qué pasa con lo que el médico le prescribió?». Les dije: «Perdonen señores, pero mi pregunta ha sido si tiene sentido o no. ¿Me hace algún efecto o no?» Y tuvieron que reconocer que por supuesto no tenía ningún efecto. «¡Pues bien, voy a dejarlo!».

Pero cometí un error colosal, un error “profesional” gravísimo: es que abandoné también mis “hechicerías”. A Méjico me había llevado conmigo un trabajo que me había buscado entre otras razones porque sabía que me podría ser útil. Traduje al sueco un libro sobre acupresión y mientras, muy entusiasmado, experimenté en mí mismo las técnicas descritas en el libro. La cosa funcionaba, porque antes de aceptar la oferta del hospital mejicano sobre la aplicación de la quimio reducida y combinada con el Laetril, me leí un libro sobre la quimioterapia y al ver la lista de los efectos secundarios los eliminé uno por uno: vómitos – no los quiero; malestar general – tampoco; etc. Sólo cuando llegué a la pérdida de vello corporal se despertó en mí el diablillo, -eso sí lo quiero, porque entonces podría tener el pretexto para raparme la cabeza con lo que ya llevaba tiempo coqueteando. Así sucedió que en el hospital mejicano traducía hasta en la cama aplicándome todo de lo que pensaba que me podía ayudar en evitar los efectos secundarios. Lo conseguí porque no se me manifestó nada, sólo el pelo comenzó a caérseme, pero ya de regreso a casa. Los médicos querían que continuara ingresado para enseñarles qué me había aplicado, porque fui el primer paciente que no tuvo ningún efecto secundario. Cuando después de tomarme la segunda porción reducida en el Karolinska decidí que eso ya fue suficiente para mí, dejé de aplicarme la acupresión. Y por eso para finales de verano comenzaron a fallarme todas las funciones físicas. Y dos meses más tarde, de repente, se me presentó la imagen de aquel párrafo del libro sobre quimioterapia – que después comprobé en el libro y desgraciadamente estaba allí– que decía: ¡ojo! los efectos secundarios de la quicio pueden aparecer meses después del tratamiento. ¡Esa frase se me había olvidado por completo! Naturalmente, habría tenido que continuar durante meses haciendo todo lo posible para evitar los efectos nocivos. Cuando en agosto de 1986 volví desde México todo el mundo cantó gloria, que ¡ole!, el tumor se había disipado, y que yo tenía buen aspecto, que volví a vencer el cáncer. En cambio yo tenía la sensación de que lo que me estaba pasando tenía muy mala pinta, y que me iba a morir. Por entonces todavía no me volvió a crecer el tumor –que dos meses más tarde salió de nuevo– pero el cuerpo comenzó a fallarme por completo: se me paró la regularización del calor del organismo, el sistema digestivo, no podía controlar cuándo tenía que hacer de vientre y cuándo mear y comencé a mudar la piel como una serpiente.

Nunca llegué a saber qué papel jugaba en ello el contragolpe de la quimioterapia, y cuánto le aportó el terrible año 1986. Es que, por ejemplo, sigo trabajando en superar la muerte de mi madre, pero todavía no lo he logrado del todo. Y no he contado cómo todo eso afectó a la vida de mi hija Tolmi que al fin y al cabo es una superviviente. Esta es otra historia tremendamente interesante que me enseñó mucho, y es extremadamente útil en mi trabajo. Hoy en día es un hecho aceptado por todos los médicos que el entorno interior de la matriz no sólo influye en la personalidad sino en las tendencias psicosomáticas. Tolmi se desarrollaba en el vientre de su madre mientras Bippa estaba luchando con las razonables dudas de si no fue una irresponsabilidad traer un hijo a este mundo donde asesinaron a Olof Palme, donde podía ocurrir Chernóbil y donde un loco mató a golpes a mi madre en su propia casa. Para colmo yo, gilipollas irresponsable, me pongo a agonizar. Por supuesto Bippa me amaba y estaba preocupada por mí. Al mismo tiempo estaba muy enfadada conmigo, al igual que yo conmigo mismo –y es que lo superamos porque afortunadamente íbamos a terapia y sabíamos hablar– porque ¡cómo se me

ocurre decir que vamos a tener un hijo y después me pongo a agonizar?! ¡Qué desfachatez! Y Bippan tenía toda la razón. Fue sorprendente que cuando Tolmi tenía once años empezó a decir las frases que a Bippan se le habían pasado por la cabeza cuando estaba embarazada. Nos contó una escena imaginaria en la que su madre la entregaba a otra familia porque al fallecer el padre no podía con dos hijos. Puso palabras exactas a pensamientos de Bippan.

Tolmi casi se murió cuando tenía año y medio. En la medicina antroposófica – es que ellos creen en la reencarnación– hay una teoría que he visto en otras tradiciones espirituales y enseñanzas orientales también, de que no sólo se reencarna cuando se concibe sino que después del nacimiento hay un periodo durante el cual la personica recién nacida decide si de verdad quiere quedarse en este mundo, en cuyo caso se reencarna por segunda vez. Muchos dicen que una explicación posible de la muerte súbita es que son niños que deciden que no quieren estar en este mundo. Es decir, la reencarnación es reversible. Tolmi no creció hasta los 18 meses, y entonces pesaba como un bebé de cuatro o seis meses. Por entonces yo ya conocía el síndrome postraumático y ella tenía la misma mirada, la misma pinta que la gente con un trauma serio (como por ejemplo sobrevivir a un accidente aéreo) a la que se le nota que está en otro mundo del que no es capaz de hablar, puesto que es posible que haya sobrevivido al accidente en coma.

En agosto de 1986 llegué a ser consciente de que me estaba marchando de este mundo y logré a convencer a mis amigos y familia que tenían que ayudarme en eso. Bippan y mis amigos suecos más íntimos siguen diciendo que nunca habían vivido conmigo una temporada tan hermosa y tan humana. Entonces estaba como siempre quería estar: totalmente tranquilo y no tanto budista como el mismo Buda. Fue realmente precioso despedirme de todo y de todos, y realmente tuve la sensación de poseer la armonía perfecta. Desde entonces sé que me gustaría terminar todos los encuentros pudiendo sentir que todo está bien. No funciona despedirnos disgustados uno con el otro diciendo «ya lo arreglaremos la próxima vez», porque tal vez no habrá próxima vez. Puedo morirme en cualquier momento, puesto que es mucho más fácil morirse de lo que se piensa.

Cuando Tolmi ya estaba a punto de nacer, para finales de agosto de 1986, el vientre y los pulmones se me llenaron de líquido. Eso ocurre muy raras veces, porque o se llena el vientre, o los pulmones. Así pues no tenía que elegir entre respirar o comer, porque ni el uno, ni el otro me eran posibles. Entonces tuve otra batalla con el Karolinska, donde tuve que ingresar con urgencia para pedir un TAC, y ver si en el líquido había células cancerosas y si era el mismo cáncer u otra cosa. Esa gente me hizo lo siguiente: me perforaron la pared del pulmón, con una sensación tan horrible como la toma de prueba de la médula. Cuando sentí que, después de cinco intentos con mano temblorosa y una aguja como para un caballo, por fin el médico acertó y comenzó a drenarme el líquido, y que después de tres semanas podía respirar con más facilidad, porque había lugar en los pulmones para el aire, de repente él va y saca la aguja. Yo le digo, ¿por qué no me saca más líquido?! El animal me contestó que con eso tenía suficiente para el diagnóstico... Yo estaba extremadamente débil, pero te juro que si hubiera tenido un poco más de fuerza, por primera vez en mi vida no habría sido pacifista y le habría clavado la aguja o algo así.

Cuando Tolmi nació yo ya realmente estaba yéndome. Para el tiempo del parto nos dejaron un piso vecino para que yo tuviera un sitio donde descansar, por entonces ya sólo podía estar de pie media hora y después me colapsaba. El parto ya estaba en marcha y yo me iba al piso, pero una voz interior me dijo que volviera al baño. Bippan estaba en la bañera –no pensaba tener a Tolmi allí, aunque por aquel entonces ya se practicaba el parto dentro del agua en Suecia–, y Tolmi salió en un

minuto. Más tarde los amigos me contaron que durante tres horas, mientras sucedió todo y admiramos al bebé, yo estuve fuerte y vivo como si no tuviera ningún problema. Mi hijo Lomi de seis años cortó el cordón umbilical. En los partos en casa no se corta enseguida el cordón, sino que se espera a veces horas hasta que el pulso desaparezca y la niña o el niño ya esté del todo en este mundo. Cuando se acabó todo, yo, pataplum, me derrumbé. Al poco tiempo tuvieron que ingresarme en la clínica, porque necesitaba que me cuiden las veinticuatro horas. Estaba completamente inválido y Bippan se quedó sola con el recién nacido y el niño de seis de manera que no pudo cuidar de mí como habría querido. Fui ingresado en la clínica justamente para que cuidaran de mí hasta que me muriera. En ese momento empezó la historia de mi regreso.

Fue la clínica con la que soñé toda mi vida. Otra vez tuve suerte, porque la habían inaugurado hacía medio año. Fue la primera clínica antroposófica de Escandinavia, un sitio realmente curativo, no muy lejos de Estocolmo, en un pueblecito. Fue tan hermoso que creo que volvía de la muerte porque en aquel sitio hasta morir hubiera sido bonito. Lo que me irritó sobremanera en las otras instituciones terapéuticas, independientemente de si formaban parte de la medicina convencional o la alternativa fue el hecho de que todas pensaron que eran ellas las que tenían que agenciárselas para que yo no me muriera. Por eso pasó a veces que cuando volví de una institución de esas dije cosas como que «ya les enseñaré que sí me voy a morir, sólo para joderlas, para que ningún médico hinchara su ego a costa mía». Por entonces ya tenía la idea clara de que curar es en realidad acompañar y no eliminar algo, una idea que vi realizarse por primera vez en esta clínica con estos médicos. Porque hay casos en los que se debe acompañar a uno en la lucha contra los síntomas físicos, y hay otros en los que no se le debe llevar la contraria sino acompañarlo para bien morir.

En ese sitio volví a respirar, como que he encontrado lo que había buscado. Allí cuando alguien muere no se actúa como en otros sitios, no lo tapan rápidamente con un biombo hasta que se llevan el cadáver al semisótano. La capilla ardiente está en un lugar céntrico, y el muerto, después de que los compañeros de habitación se despidan de él, es transportado allí cuidadosamente vestido y adornado, y los médicos, los otros enfermos y todo el mundo puede ir a despedirlo y charlar sobre la muerte. Todo eso tiene un trasfondo ideológico: ellos creen en la reencarnación. Pero no sólo profesan la idea del acompañamiento, sino la practican: cuando alguien ya está realmente insalvable continúan a su lado, lo acompañan. Además allí trabajaban Einar Berg y los otros médicos, santos locos que ejercían la medicina como un arte porque disponían de la intuición que les ayudaba a sintonizar con la otra persona. En este aspecto pienso como ellos: el lema pintado de mi profesión como psicoterapeuta es el cuadro de Magritte *La clarividencia*. Es un autorretrato: Magritte está sentado pintando sobre el lienzo una preciosa águila de alas abiertas, mientras a su izquierda se ve el modelo que es un simple huevo. Es decir que yo como terapeuta tengo que percibir en el huevo el águila que es capaz de volar. Para mí la medicina es lo mismo, y no el tratamiento de los síntomas. Ellos en aquel sitio ejercieron ese arte, y creo que regresé al mundo porque estaba en un lugar donde no fue una cuestión de prestigio si me moría o no, sino que me acompañaron ocurriera lo que ocurriera, y así yo pude relajarme.

Guardé cama por semanas. Una vez al día me trajeron a mi hija Tolmi, pero yo estaba tan débil que no podía levantar ni el brazo. Recuerdo que me la pusieron sobre la barriga, y que me llegaba desde el ombligo hasta el pecho, y que sentía su aliento, y si todo el mundo guardaba silencio podía oír su respiración, aunque por lo demás no sentí casi nada en el cuerpo. En cambio reflexioné muchísimo, leí muchos autores

budistas, porque ellos saben mucho sobre cómo ayudar a uno a cruzar el umbral del miedo y entrar en la plenitud de la muerte. Poco a poco empecé a recuperarme. Recuerdo la primera vez que pude salir al pasillo y me arrastré a una mesa para sentarme al sol. Había folletos de divulgación sobre la medicina antroposófica. Uno contenía la teoría de Steiner que ya muchos habían intentado explicarme, pero yo había sido incapaz de comprenderla. Me leí tres o cuatro páginas de este folleto y de repente tuve clara la teoría. En realidad es muy sencilla.

La esencia de la teoría de Rudolf Steiner es la siguiente: lo que nosotros llamamos salud en realidad no es otra cosa que el equilibrio de dos procesos de enfermedad: uno es el grupo de las enfermedades inflamatorias que producen calor, como por ejemplo los resfriados, que tienen una tendencia dilatadora. Por eso a uno se le caen los mocos. Y otro grupo es el de las enfermedades frías que tienden a condensar y que no producen líquidos ni calor. Su forma paradigmática es el cáncer. Según Steiner la salud no es la ausencia de la enfermedad sino el equilibrio de los dos procesos. En aquel momento caí en algo que se sabía muy bien e incluso se comentaba hasta en el Karolinska: que los enfermos de cáncer no suele resfriarse, no tienen esa clase de enfermedades ordinarias. Lo sabía gracias a mis conocimientos de terapia alternativa, es más, por aquel entonces ya los médicos convencionales usaron este concepto, que el resfriado, la gripe, tienen un papel importante, porque el papel de la fiebre es calentar la defensa inmune, como una estufa.

En aquel momento a las cinco de la tarde, bañado en la luz del sol poniente se me pasó por la cabeza que lo que yo necesitaba era una inflamación tremenda, tan enorme que fuera difícil de imaginar: a lo mejor podría devolverme a la normalidad. No es broma, te juro que a las siete de la noche empezó a dolerme el oído derecho. No donde tenía el tumor sino el otro. A las nueve ya tenía un dolor inaguantable. A las nueve y media llamaron al médico que ya estaba en casa, pero que vino a verme enseguida y él dijo, es que a las enfermeras no se les ha ocurrido, «perdonen, pero ¿le han tomado la temperatura?». Le dijeron que para qué si yo nunca solía tener fiebre, ni siquiera unas décimas. Me la tomaron y a las nueve y media tenía 38 grados. Reunieron a todo el personal, alguien encontró un ramo de flores, entraron, me dieron felicitaciones todos muy alegres. En el hospital antroposófico el hecho de que un enfermo de cáncer tenga fiebre es una fiesta. A las once y media llamaron a Bippan y le dijeron que estaba pasando algo y tenían que enviarme al hospital más cercano.

Detrás del oído hay un hueso alargado que es famoso por ser el único hueso en el cuerpo que no tiene salida. Lo que significa que si la médula se inflama, la pus no puede salir y al cabo de un tiempo la inflamación afecta a la cabeza, al cerebro. Es la otitis más peligrosa. El médico jefe tuvo la sospecha de que se me había inflamado ese hueso y necesitaba una radiografía. En otras ocasiones, mientras que se podía, me desaconsejaron esta clase de exámenes, sin embargo, ahora me decían que había que llamar una ambulancia para llevarme a la radiología. Por entonces ya tenía fiebre entre 40 y 41 grados. Me transportaron a un lugar terrible: paredes heladas, de un color verdoso de caca de bebé. Horrible. Antes de entrar a la consulta del médico, enseguida quisieron ponerme un antipirético. Dije que no. No lo entendieron y creyeron que estaba delirando a causa de la fiebre, querían ponérmelo a toda costa.

En la clínica antroposófica en vez de antipiréticos se usa compresas de agua fría, y si la fiebre es muy alta no tapan el cuerpo en absoluto o colocan al enfermo sobre la nieve, o ponen compresas de limón en la pantorrilla que baja la temperatura un grado entero. Más tarde se lo aplicaríamos a los niños. Me castañetearon los dientes de la fiebre, pero con la ayuda de Bippan logré que no me dieran antipiréticos. Mi primera pregunta fue si tenían una bolsa de agua caliente. Ni siquiera sabían lo que era. Decidí que no quería pasar mucho rato en este sitio. Para ir al grano, al final

vi al médico, me miró, me mandó a hacerme una radiografía y claro, tenía la otitis que el médico jefe había diagnosticado. Me llevaron a ver al otorrino de guardia que declaró que si no me daban allí mismo un cóctel de antibióticos de modo intravenoso estaría muerto para las siete de la mañana. Le pregunté la hora. Eran las tres de la madrugada. Pedí que por favor me llamaran un taxi, porque yo no quería morirme en un sitio tan desagradable.

En ese momento hasta a Bippan le entraron dudas. Estaba allí con el niño pequeño y le dijeron que yo estaría muerto para las siete de la mañana. La comprendí y no me parece nada mal que me dijera: «Péter, creo que este es el momento en el que tienes que ceder». Sin embargo, fue justamente ella de la que aprendí esta clase de entereza. Me enseñó muchísimo. Había sido ella quien le dijo al ginecólogo que queríamos tener el parto en casa, ya que pensábamos que tener un hijo no era una enfermedad. El médico se puso a maltratarla verbalmente diciendo que era una madre irresponsable y que usted y el niño van a morir, en otras palabras, la maldijo. Entonces Bippan le clavó sus ojos azules y con toda tranquilidad le contestó que si eso iba a pasar, prefería morir en casa y no en un feo hospital. Aprendí de ella esta clase de actitud y respuestas que sabía soltar en cualquier momento. Mucho más tarde, uno de los motivos de la crisis que tuvimos fue que me costaba tolerar que al hacerse mayor ella comenzara a hacerse más cobarde. A lo mejor se reencarnó en ella su madre que fue una persona extremadamente cobarde.

Así que le dije a los médicos que me llamaran un taxi porque quería volver a la clínica para morirme allí. Fue pasmosa la opresión verbal que me ejercieron. Llamaron al médico jefe del hospital que primero intentó ganar la situación tratándome de imbécil, y después que iba a hablar con mi médico antroposófico. Pensó que podrían solucionar el caso con puro corporativismo. Le dije que perfecto, que podía hablar con él, pero que yo quería estar presente cuando hablaran, porque no quería que se discutiera de mí a mis espaldas, y menos cuando se trataba de mi vida o muerte, y además yo también quería hablar con él. Aún así le llamaron por teléfono desde la otra habitación e intentaron convencerle de que él, siendo médico, tenía que decirme que hiciera lo que ellos me recomendaban. Einar Berg se portó de maravilla. Les dijo que comprendía lo que le estaban explicando y desde el punto de vista médico era totalmente lógico, pero había excepciones y era yo el que tenía que decidir. Volvieron y me dijeron que Einar Berg dijo que tenían razón. Les contesté que mentían. No me creí que lo hubiera dicho y además había pedido hablar con él.

Volví a llamar a Einar Berg, que me confirmó que sí les había dicho que lo que decían era razonable, pero había añadido que yo tenía que decidir, y agregó que me apoyaba en todo: si quería regresar a la clínica o si quería quedarme. No había un guión previamente aceptado, las dos versiones tenían su lógica y decidiera lo que decidiera él me acompañaba. Respondí que «vale, pues en media hora estoy en la clínica». Los otros se pusieron a gritarme y me llamaron de todo. Les dije que «disculpen, señores, pero a mi parecer no es muy ético hablar en este tono a un enfermo moribundo y háganme el favor de llamar un taxi». Me exigieron que firmara un papel de que me marchaba por mi propia voluntad. Les dije que «naturalmente, comprendo bien que no quieran verse en la situación de ser denunciados por mi familia, si acaso me muero. Pero ¿es posible que me presenten el documento en cinco minutos? ¡Es que quiero irme de aquí ya!». Me hicieron el papel y lo firmé. Además me porté con suma humanidad con ellos, porque dos meses más tarde cuando ya estaba claro que yo había vuelto de la muerte, les escribí una carta para que no se preocuparan, por si acaso todavía estuvieran pensando en mí, aquel idiota que no había aceptado su consejo, y que no les pesara en la conciencia porque yo me encontraba bien.

Volví pues a la clínica donde ya me estaban esperando con la manta de lana y las bolsas de agua caliente, mis queridos peluches. Empezamos el largo tratamiento de ajo y ajo y ajo y ajo. Fue entonces que surgió en mí el respeto por el ajo. Además me dieron otras cosas, medicamentos homeopáticos, minerales, y a saber qué más. Me pusieron una ración tan alta de ajo que mi cuarto apestaba tanto que las enfermeras entraban con la nariz tapada. No existe mejor antibiótico que el ajo, ya lo había usado, fue la primera sustancia alternativa con la que me estaba curando a principios de 1984 y pude experimentar cómo era cuando hasta los poros respiran ajo. Yo ya no lo notaba. Fue entonces cuando me pasó que al subir a un taxi, el pobre taxista sueco me dijo todo angustiado que «estimado señor, no se enfade, nunca en mi vida he tirado a pasajero alguno de mi coche, pero soy alérgico al ajo».

Lo más importante era que comencé a volver a la vida. La otitis se me pasó, pero duró al menos tres semanas con fiebre alta, aunque nunca dejaron que tuviera más de cuarenta grados. La bajaron lo justo para no sufrir espasmos. Entretanto estaba haciendo mi terapia de arte. Al principio me llevaron allí, me colocaron en una silla. Pintamos e hicimos cosas parecidas. Me dejaron irme a casa por Navidades durante medio día, y en algún momento, a mediados de enero, pude volver a casa definitivamente porque ya estaba claramente convaleciente. Me recomendaron que fuera por un tiempo a un lugar más caliente porque le sentaría bien a la regularización del calor en mi cuerpo. Bippan tuvo la idea de que fuéramos a vivir a España, porque de repente se dio cuenta de que en Europa también había sitios con el clima californiano. Así llegamos a parar a España.

Aparte del manejo consciente del estrés que ejercí todo el tiempo, me llevé a España el producto farmacéutico llamado Iscador, que me aplicaba en grandes inyecciones muy concentradas. Es un extracto de muérdago, un invento de Steiner, y lo usé durante casi diez años. Lo incluí en mi vida muy conscientemente. Había temporadas en que me lo puse diariamente, o cada dos o tres días, muchas veces directamente en el tumor. Aprendí a aplicarme la inyección desde detrás. Además me ponía el Interferón, que desde un punto de vista es una medicina convencional. La producción del interferón de origen animal y más tarde humano ha sido posible gracias a la más moderna tecnología genética. Su lógica es la misma que la de la visión alternativa que yo practicaba: no pretende modificar los síntomas bombardeándolos, sino que fortalece el sistema inmune. El interferón es una sustancia producida por el organismo y juega un enorme papel en la defensa inmune. Fue descubierto en relación con la hepatitis C y otras enfermedades inflamatorias y contagiosas, al observar que en estos casos el organismo cesa completamente la producción de interferón. En aquellos tiempos nadie lo usaba contra el cáncer, mejor dicho, sólo fue permitido el uso en fase experimental. El Karolinska también lo investigaba. Einar Berg tuvo la idea loca de probarlo, es que él había leído varias cosas sobre el interferón. Cuando yo comencé todavía no había interferón humano, ya que se produjo justamente aquel año. Él consiguió un permiso especial para poder aplicarlo en mi caso, a pesar de que según algún comité médico no se podía usar con enfermos de cáncer. Fue un acierto total en mi caso. Los dos medicamentos que me tomaba me fortalecieron el sistema inmune. No obstante, con horribles efectos secundarios. Provocaron grandes olas de fiebre, y un estado que parecía la gripe más salvaje con agujetas. Además el Interferón se usa con enfermos de hepatitis C por un año, y yo me lo apliqué durante seis u ocho.

Notamos que funcionaba porque empecé a estar asintomático. Sin embargo, por unos años más las veces que fui al Karolinska para hacerme el control, las huellas del cáncer linfático continuaban en mis células. Y entonces me decían que «¡ojo, usted continúa teniendo cáncer!». Pero yo pensé que estaban mal de la cabeza. No

comprenden que si diez años más tarde sigo teniendo lo mismo –además este cáncer linfático es muy propenso a producir metástasis en la médula ósea, en el hígado, etc–, es decir, si diez años después el diagnóstico es el mismo que en 1984 ¡es un éxito rotundo! Ellos no lo aceptaron y nunca se les ocurrió darme la enhorabuena. Por eso dejé de ir a los controles. Cuando nos trasladamos a España ya no iba a controles. Volvía a Suecia regularmente, pero sólo fui a ver a Einar Berg. Nuestra relación llegó a un punto tal que me preguntaba cómo estaba y cómo llevaba los medicamentos, y luego me dijo, «mira después de tantos años y con la actitud que tienes tú ya sabes más de tu enfermedad que yo».

Abandoné el Karolinska porque aquello ya era una risa total. Por ejemplo me hicieron un cuadro hemático. Yo sabía muy bien que en el momento en el que las huellas del linfoma no Hodgkin aparecieran en el cuadro hemático ya tendría el caso perdido. Es decir, que el análisis no valía nada. O por ejemplo me midieron el tumor. Ya el mero hecho de ver al médico jefe me hacía subir por las paredes. Es que al cabo de un tiempo todos los médicos se negaron a tratarme, por eso me destinaron al médico jefe, a ver si él podía meterme en cintura. Es decir, yo era de verdad la oveja negra. Este médico jefe fue un tipo de aspecto tremendamente malsano: muy descuidado, fumaba como una chimenea, las manos le olían a tabaco. Creo que además fue un alcohólico, porque tenía la piel cambiada, propia de los alcohólicos. Y fue ese tipo que con las manos temblorosas –es que le temblaron las manos– utilizó un sofisticado aparato para medirme el tumor. Le dije que «no se enfade pero eso no tiene sentido. A lo mejor lo tendría si yo acudiera aquí diariamente, pero ese tumor cambia de forma y tamaño seis veces al día. Le puedo predecir que cuando la presión atmosférica es baja y sólo he dormido cuatro horas, y algo me ha pasado el día anterior, el tumor cobrará un tono diferente y estará un poco más tenso». Lo que no le dije fue lo desagradable que era cuando me tocaba con la mano que apestaba a tabaco. Yo consideraba que un análisis de sangre podía tener sentido cuando yo sentía en el cuerpo que desde hacía días el tumor estaba más tenso, como si algo se estuviera poniendo en marcha, o si notaba algo en el cuerpo que yo pudiera reconocer de antes, de cuando había tenido una crisis, ya que yo prestaba continuamente atención a mi propio cuerpo.

Lucí el tumor tras la oreja izquierda hasta finales de los años noventa y después desapareció por completo. Fue otra cosa muy interesante. Llegué al punto que me dije: «Vale, yo lo voy a tener toda la vida, pero es fenomenal que se pueda convivir con el cáncer y si Dios quiere que hasta cumplir a saber cuántos años, cada vez que vengo al control me encuentren alguna célula cancerosa que continúa siendo de malignidad baja, pues yo toco madera y digo ¡qué estupendo!». Hay gente que tiene verrugas, yo tengo una patata tras la oreja. ¿Y qué? Y cuando acepté convivir con el tumor, empezó a reducirse. Se confirmó por completo mi susto de México de que no era normal en absoluto si un tumor de esta clase se disipaba en dos horas. Esta vez duró casi año y medio hasta que desapareció poco a poco. Al principio no lo notamos, hasta que un día Bippan o alguien me dijo, «fíjate ¿tu tumor no está más pequeño?».

Empezamos a observarlo y era cierto que se reducía paulatinamente milímetro a milímetro y al ritmo que yo me había imaginado. Presté todavía más atención a sólo comer cosas que realmente purificaban. Mucho tiempo después de que desapareciera continué con el Iscador y el Interferón y sólo dejé de tomarlos cuando me di cuenta por varias señales de que mi organismo volvía a producir interferón. Lo noté, porque estaba continuamente en un estado de inflamación y me di cuenta de que todo el interferón que me ponía ya solo me provocaba efectos secundarios. Respiré hondo y comencé a reducir la porción. Probé a ver qué pasaba si me saltaba un día, dos días,

una semana... y presté muchísima atención a las señales por si algún síntoma volvía a manifestarse. Por entonces ya había aprendido en qué posición tenía que examinarme para notar la menor hinchazón de las glándulas más profundas. Me había fijado en lo que los médicos me hacían al examinarme.

Para entonces hemos logrado saldar también las deudas que hemos contraído para poder financiar los tratamientos alternativos a los que recurría. Afortunadamente el interferón estaba financiado por la seguridad social, y lo que habría sido el mayor coste de todos, mi estancia en la clínica antroposófica sueca, se pagó casi enteramente por el mismo fondo de ayuda para pacientes de la clínica.

Desde que el tumor desapareció no tuve ningún contacto con médicos. No he vuelto a controles, y si alguien me pregunta, “vaya ¿te has curado del cáncer?”, yo digo que estoy sin síntomas desde hace equis tiempo. Porque soy consciente de que el hecho de que mi sistema inmune cediera una vez significa que puedo tener tendencia a volverlo a tener.

Mi maestro budista me enseñó varias cosas, pero sólo dos cosas me parecen importantes. Una es que lo que tiene fuerza liberadora no es la búsqueda de la verdad sino la verdad misma. La otra es que el amor de corazón es compatible con la rabia provocada por el continuo menoscabo del derecho de autodeterminación. A propósito de esto mi anécdota preferida es la que me contó mi maestro: Una vez se fue de viaje a la India con un grupo de profesores de meditación para visitar a su maestro. Cuando llegaron a Bombay a mediados de la estación lluviosa, alguien intentó arrancarle el paraguas a una miembro del grupo. Por eso en la primera conversación le preguntó al maestro: «Llevas décadas enseñándonos cómo uno debe relacionarse con todo en este mundo con amor y bondad en el corazón. Sin embargo, ¿qué se debe hacer si en medio de la estación lluviosa en Bombay alguien intenta robarte el paraguas? El maestro le contestó: «Hija mía, en esta situación te aferras al paraguas y con todo el amor y bondad que cabe en tu corazón le pegas un golpazo en la cabeza al ladrón».

Pues algo así sería la historia de mi cáncer.

Budapest, 2005-2006.

© Miklós Hadas & Péter Szil, 2006-2012

© De la traducción: Éva Cserhádi, 2011

Página web de Péter Szil: www.szil.info